

HUGO PALMA

LA OEA no sirve; y nosotros tampoco

El drama del pueblo venezolano ha redoblado las críticas a la OEA, reclamándose que hace esto o no hace lo otro, es obsoleta o que América Latina no la necesita. Rara vez incluyen explicaciones comprensibles sobre por qué no serviría, siendo su principal carencia asumir que la Organización tiene voluntad propia y podría decidir sin acuerdo de los miembros que hoy, en mayoría, no quieren enfrentar al régimen de Venezuela.

La descalificación del organismo hemisférico no es reciente; aunque hay bastante que cambiar y actualizar para que funcione eficazmente en el Siglo XXI. América es un continente diferente, aislado de las grandes masas continentales, que contiene la superpotencia mundial, Canadá y numerosos países en diferentes estadios de desarrollo económico, político y social. La OEA es el único foro donde podrían y deberían debatirse los temas que interesan a todos los Estados del hemisferio. Sin ella, éstos solo podrían tratarse en forma bilateral, con los inconvenientes que ello implica.

Desde hace décadas, los países latinoamericanos y caribeños establecen acuerdos e instituciones para diversos temas. Es bueno que sea así y debe desearse que tengan éxito pues las aproximaciones subregionales pueden ser adecuadas y provechosas. Su suerte depende exclusivamente de los respectivos miembros; al igual que la de la OEA dependerá de los suyos.

En principio, no hay incompatibilidad entre la OEA y ninguno de nuestros esquemas políticos y económicos. América Latina no es el "patio trasero" de Estados Unidos, país que ha perdido su influencia determinante en la región, aunque algunos consideren sus intereses contradictorios con los nuestros, con viniendo distanciarse y hasta excluirse por ser causante de los problemas que nos aquejan. La mera existencia de la OEA, en esa visión, es negativa.

En su dilatado recorrido, los acuerdos latinoamericanos registran logros y fracasos. No sorprende. Pretender que todos los países de América Latina y el Caribe, con sus gigantescas diferencias de todo tipo tienen los mismos intereses y similar voluntad para realizar los grandes esfuerzos que exige la auténtica integración, es un ejercicio de imaginación y voluntarismo retórico. Adicionalmente, el mérito de la creación de instituciones no reside en la declaración de sus propósitos —por loables que fueren— sino en el valor añadido que, frente a las ya existentes, se prueba por la precisión de sus obligaciones y mecanismos de verificación de cumplimiento.

En este sentido, hay por lo menos dos grandes áreas en las que ningún acuerdo latinoamericano se acerca a lo comprometido en el hemisferio. Estas son democracia y derechos humanos y la seguridad. En democracia nuestros textos involucionan frente a la Carta Democrática Interamericana y la misma Carta de la OEA. En Derechos Humanos, nuestras declaraciones no admiten comparación con las obligaciones de San José; ahora tan abiertamente violadas por algunos, que infantilmente pretenden hacer un travesti del principio de no intervención. En seguridad, el hemisferio exhibe tratados con obligaciones exigibles, mecanismos, instituciones especializadas, prácticas sostenidas y posibilidades insuficientemente explotadas. América Latina con no pocas expresiones de propósitos, Zonas de Paz, declaraciones, acuerdos y programas, no ha conseguido aún resultados significativos.

Consecuentemente; ¿si la OEA tuviere utilidad, por qué el desinterés o la feroz oposición que recibe? Cabe esbozar algunos elementos. Para Estados Unidos, que además tiene graves problemas extra continentales, América Latina es menos problemática que antes. Más allá de la retórica, los países latinoamericanos y caribeños tienen también grandes diferencias en sus visiones hemisféricas. Algunos mantienen relaciones maduras y provechosas con Estados Unidos, otros preferirían que se desentienda totalmente de la región o parte de ella para tener mayor influencia y, finalmente, algunos le atribuyen todos sus males. La expulsión de Cuba de la OEA, adecuada o no, facilita culpar a la Organización antes que reconocer que fue decidida con nuestros votos latinoamericanos.

Hoy, increíblemente, unos pocos países latinoamericanos están logrando que los otros se acomoden a sus propósitos y apoyen o no critiquen sus arbitrariedades, valiéndose de la extorsión sentimental de no mostrar desacuerdos entre "hermanos", el dinero, acusaciones de ser "lacayos del imperio" y otras matoneñas. Lamentablemente, nuestras políticas exteriores se someten al "bullying" que recusamos en las escuelas.

Y aun así, si no estamos contentos con la OEA, nada impide cambiarla. A diferencia de Naciones Unidas, no hay veto y cuatro Protocolos Modificatorios han introducido importantes reformas y mejoras. Hace cuatro décadas, el embajador Carlos García Bedoya hizo que el Perú impulsara el más importante ejercicio de reflexión y reforma del Sistema Interamericano. Obviamente, el resultado no fue ideal pero demostró que la OEA podía cambiar y cambió para mejor. Hoy, parece que muchos países estamos dispuestos a lo que sea para no admitir la realidad del incumplimiento de nuestras obligaciones con la democracia y los derechos humanos. No es culpa de la OEA. Ella es solo nuestro espejo.